

La Enseñanza.



REDACCION.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO IV. }

MÉXICO, MARZO 15 DE 1874.

{ NUM. 56.

CUENTOS DE MI ABUELO.

EL CEMENTERIO DE ALDEA.

[Concluye.]

«Aquí yace, dijo M. de Vandermont, leyendo la inscripción de un suntuoso y vasto monumento de mármol negro, aquí yace la muy distinguida y poderosa señora Victoria Meriadee, condesa de...» —Lo demás está borrado, continuó, ó lo ocultan las espinas y ortigas que hay alrededor.—¡Qué contraste tan palpable! dijo Nisa; allí flores, verdor, y todas las señales de la más tierna memoria; y aquí punzantes espinas, cardos temibles, y todos los indicios del más cruel olvido.—No extrañe vd. eso, señorita, respondió M. de Claris; mírelo vd. como un efecto terrible de los recuerdos que dejamos tras nosotros. Este sepulcro, monumento del egoísmo y soberbia, encierra las cenizas de la difunta condesa de Arles. Esta mujer altiva fué el azote de toda su familia. Poseía el mejor terrazo que se conoce en toda esta comarca, y gozaba de cuantiosas rentas; pero no socorrió nunca al necesitado, ni los clamores del paciente conmovieron jamás su empedernido cora-

zon. Sus hijos fueron extraños sucesivamente de la casa paterna; y el nombre de madre era al parecer un ultraje para la condesa. Desde que había saciado su ostentación, y contentado con insolencia esta propensión única de su alma inexorable, gustaba más de enterrar el oro que le quedaba, que de emplearlo en dotar á sus hijos, servir á un amigo, ó aliviar á un infeliz. Por lo tanto, quiso el cielo que acabase la vida en el dolor y soledad. La ví en su postrera hora echando tristes y turbadas miradas al lado suyo, notando que todos esperaban impacientes que ella hubiese dado el último suspiro, no oyendo el menor pesar, ni descubriendo una sola lágrima; al salir de este mundo estaba en los brazos de su cochero, vestido de librea, maldiciendo á cuantos la cercaban, y sintiendo más particularmente el no poder privarlos ya de sus inmensas riquezas. Su muerte colmó de alegría á los que se repartieron sus tesoros, sobre cuya existencia había cuidado la soberbia condesa de no dar indicaciones en su testamento, y señalar los sitios en que se hallaban enterrados. Como esta fastuosa tumba, que ella había ordenado por su voluntad última, se hallaba en este recinto antes de la de mi hija, hube de conservarla por respeto á los muertos; pero teniendo intención de que ella ofreciese aquí el más palpable

contraste, no he querido cultivar nunca la tierra infecta con las cenizas de esta mujer insensible; y dejo que las plantas más despreciables cubran los bajo-relieves de su túmulo suntuoso, y oculten su nombre á todas las miradas. Aquel que no fué amante de nada en su vida, merece ciertamente que le abandonen después de muerto.—Alejémonos, dijo M. de Vandermont, de esta tumba abandonada; es malsano el aire que se respira aquí. Diría uno que la naturaleza y la humanidad nos impiden acercarnos á ese sepulcro.—¡Cielos! exclamó Nisa gritando toda aterrorizada, he estado para pisar una culebra que va deslizándose por debajo de esos espinos.—¡Hé ahí, pues, repuso M. Vandermont, sosteniendo á su hija, hé ahí el solo ser viviente que viene á visitar las cenizas de esa infeliz!

«Venga vd., señorita, dijo M. de Claris, sosteniendo también á Nisa, pálida y trémula todavía, venga vd. á desvanecer su espanto, y gozar de un espectáculo digno de vd... ¿No ve vd. allí, bajo aquellos alamillos blancos, una tumba de mármol blanca? es el último asilo de todas las virtudes reunidas. Allí descansa desde el estío pasado una dama joven, que murió embarazada de su sétimo hijo: descendiendo de una ilustre sangre, y siendo hija de uno de esos sujetos señalados por un sobresaliente

te mérito, á quien el monarca confía la suerte de una porcion de sus dominios, se complacia en ocultar su nacimiento bajo las exterioridades de la modestia y sencillez. Dotada de un peregrino rostro, realzado con la expresion mas amable, tenia por nada la ventaja de ser bonita, y colocaba todo el arte de agradar en las solas prendas del alma. Distinguida por una erudicion profunda, exquisito gusto, y aquel delicado tacto de lo que es mas conducente, que solo se adquiere con el mucho trato de gentes, no hizo jamas la menor ostentacion de su asombrosa superioridad. Cuando uno la veia por la primera vez, creia estar viendo á una tímida jóven, á la que una sola mirada ponía encendida: si ella hablaba, cada palabra era tan medida, y proferida con tal gracia, que se hubiera dicho que un génio invisible le dictaba cuanto decia, y era una Minerva ó Saffo bajo las facciones y tono ingénuo de una simple bonitilla niña.—¡Qué veo! dijo Nisa al llegar junto á la tumba. ¡Muchos volúmenes de Berquin! ¡otro de madama de Sevigné!—Soy yo, respondió M. de Claris, que de acuerdo con el padre de esta primorosa familia, me divierto en hacer hallar sobre este mármol cuanto puede distraerla é instruirlo.—¡Qué lacónico é insinuante es este epitafio! dijo sucesivamente M. de Vandermont arriándose al mausoleo: *¡hasta mañana!*—¡Ah! ¡cuántas cosas se expresan en estas dos palabras! repuso Nisa, saltándosele las lágrimas: *¡hasta mañana!*—Es la continua divisa, replicó M. de Claris, de los seis hijos que dejó ese ángel de bondad, ese perfecto modelo de las esposas y madres. Desde el momento en que su marido mismo tuvo el piadoso valor de depositar bajo ese mármol las cenizas de su fiel consorte, no pasa un dia sin que sus lindos hijos vengan á sentarse sobre esta tumba, entregándose en ella á sus estudios, y á los desahogos de su edad. Al verlos uno, creeria que su madre vive todavía entre ellos, y que se ocupa en su felicidad: hablan con ella, la consultan; se imaginan que responde á sus voces, que los reprende ó aprueba, que los cuida ó acaricia. Es preciso haber sido, como yo, testigo de este tierno espectáculo, para formarse idea cabal del amor filial, y de la inmortalidad del alma particularmente.» A estas palabras, M. de Vandermont miró con dulzura á Nisa, diciéndole al parecer: «reconoce tu error.....» La doncella, corriendo, y bajando la vista, manifestaba toda su confusion, cuando se oyeron dar repetidos golpes en la puerta del cementerio; y á breve rato se distinguieron las voces de muchos niños que el anciano criado de M. de Claris acababa de introducir. «Son ellos precisamente, dijo este último á M. de Vandermont; vengan vdes. conmigo á lo interior de esta capilla, y podrán gozar á todas sus anchuras del tierno espectáculo de que he hablado á vdes.

Apénas se hubieron apartado, cuando entraron los seis huérfanos en este lugar de reposo, como si entraran en el cuarto de su madre. La mayor de las hijas, llamada Luisa, daba la mano á dos hermanillos suyos; Carlos, el mayor de los varones, llevaba á su hermanita menor, llamada Ana; y una criada, encargada de cuidar de ellos, llevaba en brazos al mas jóven de los seis, que apénas comenzaba á hablar.

Al llegar al túmulo, todos los niños, despues de haber besado el mármol, se arrodillaron alrededor, y repitieron, siguiendo á Luisa, una corta oracion, pero cuya expresion era digna del afecto que la infundia. Al punto fué Carlos á coger seis pimpollos de rosa, que enlazó alrededor de una rama de perpétuas; y despues de haber besado respetuosamente este ramillete, vino á colocarlo en lo alto de la tumba, diciendo: «Esto es lo que papá me ha encargado entregar á vd.....» Durante este tiempo, los otros tres niños echaban flores de toda especie sobre el monumento; y Luisa, que tenia en sus rodillas al mas tierno, al que habia cogido de los brazos de la criada, le enseñaba á pronunciar estas palabras: «Mamá..... bendiga vd..... á su último hijo.» Al punto se pone Arthur á recitar dos fábulas de La Fontaine; Carlos azadona y rastrilla el piso que se halla bajo la tumba; riega los arbustos y flores que hay á su lado; y finalmente, Luisa, despues de

haber adormecido en sus brazos al mas pequeñito, se apodera del volúmen de madama de Sevigné, lee muchas cartas suyas, y dice á cada página: «Así escribia y pensaba mi madre.»

Así que Carlos hubo acabado de regar, fué á sentarse junto á Luisa, abrió un volúmen de Berquin, y se quedó todo embebido con esta atractiva lectura. El pequeño Arthur, que habia acabado hacia ya un buen rato de recitar sus fábulas, esperaba inmóvil junto á la tumba: sus bonitos ojuelos se llenaron poco á poco de lágrimas, y varios ayes se escaparon de su inocente boquilla. «¿Qué tienes, hijito mio? le preguntó Luisa.—¡Ah! tengo mucho pesar, repuso el niño; he dicho mis dos fábulas sin que madre me haya reprendido ni siquiera una sola vez; me habia prometido un beso, así que las repitiese sin equivocarme; y no llega..... semejante beso.—Me ha encargado á mí que te lo dé, le respondió su hermana abrazándole.—Por seguro que son buenos tus besos, repuso Arthur; ¡pero me gustaria tanto volver á ver á mamá!—¿Cuándo volverá á nuestra compañía? preguntaba Jorge.—Por cierto que permanece demasiado tiempo en su hermosa casa blanca, dijo Ana.—No os oye sin duda, les respondió Carlos suspirando.—Pues bien, dijo Arthur á Jorge y á su hermanita, llamémosla todos los tres juntos, y quizá nos responderá.» Y hételos aquí gritando todos al mismo tiempo: «¡Mamá! ¡querida mamá! somos nosotros: despiértese vd. ¡y la acariciaremos tanto! ¡seremos tan buenos!—No griteis tanto, hijos míos, no griteis tanto, os lo suplico por amor de Dios, les dijo Luisa, no pudiendo resistir ya á la conmocion que en sí experimentaba: mamá duerme, no la despertéis.—Siempre que venimos á verla, está durmiendo, repuso Ana.—Pues bien, dijo Jorge, bajemos á su casa blanca, y nos traeremos á mamá.—¡Bajar vosotros adonde está mamá! prorumpió Luisa involuntariamente. ¡Queriditos míos, sois tan jóvenes todavía!..... Pero creo que en efecto se ha despertado á vuestros clamores, la oigo que os habla: ¡escuchad!.....» Al punto reinó el mas profundo silencio; y dirigiéndose Luisa á los niños, aparentó repetirles estas palabras de parte de su madre: Nos volveremos á ver..... sí, hijitos míos, volveremos á hallarnos..... pero hasta aquel momento, no tratéis de verme, y contentaos con oirme por la voz de vuestra hermana.—Obedeceremos á vd., mamá, respondieron respetuosamente las criaturas, arrodillándose, y levantando al cielo sus manecillas..... —Pero ¿me da vd. palabra segura, dijo Arthur, de volver á vernos luego que yo sepa de memoria todas mis fábulas de La Fontaine?—¿Y yo, dijo Jorge, desde que lea de seguido mi Berquin, como mi hermano Carlos?—¿Y yo, dijo Ana, luego que sepa hacer camisas para los pobres del lugar? ¡ah! ¡cuánto voy á trabajar!—¡Qué pronto aprenderé!—¿Cómo voy á estudiar!—Hasta mañana, amada madre..... hasta mañana, dijo Carlos;» y besando el ramillete que habia puesto en la tumba, añadió: «Voy á dar á mi padre este beso de parte de vd.—Hasta mañana, dijo sucesivamente Luisa; representar á vd. en el seno de la familia, es una tarea superior á mis fuerzas; ¡oh madre mia! gufe vd. mis pasos; céqueme con su tutelar sombra, y seré quizá un dia digna hija suya.....» Acabadas estas palabras, se incorporó con sus hermanillos: todos salieron del Eliseo, volviendo á menudo la cabeza hácia el lado de la tumba, y repitiendo hasta la puerta: «hasta mañana.»

M. de Vandermont y Nisa, conmovidos y asombrados de lo que acababan de ver y oír, dieron rendidas gracias á M. de Claris por cuanto gozo les habia proporcionado, y se salieron inmediatamente, dejando á aquel respetable anciano al lado de la tumba de su hija.

«Ahora bien, dijo el célebre magistrado, así que hubo salido de esta mansion de reposo, ¿crees siempre, Nisa mia, que nuestra alma perece toda entera? ¿crees que no queda nada de este sér invisible que nos hace pensar, obrar, y cuya sublime esencia es la obra maestra del Criador?—¡Ah! padre mio, le respondió Nisa toda conmovida aún, ¡en qué error me habian hecho caer! ¡cuánta satisfaccion tengo en poder añadir á los beneficios de vd. el de

haberme vuelto á traer al camino de la verdad! De qué felicidad y esperanza me hubiera visto privada sin la bondad y lecciones de vd.!..... Esa culebra que se arrastra y silba alrededor de la tumba de aquella soberbia madrastra, y esos obsequios insinuantes, prestados por aquellos pulidos niños á su adorable madre, no se borrarán jamas de mi memoria; creí que la oia, y veia en medio de su numerosa familia..... Sí, sí, es inmortal nuestra alma.

«Me hallaba bien seguro de tu pronta enmienda, repuso M. de Vandermont, y doy gracias á la Providencia por haberme auxiliado tan felizmente. Acuérdate bien, hija mia, de que una mujer juiciosa no ha de abrazar nunca sistema ninguno; guárdate de los sofistas, y de los libros peligrosos mas especialmente; y cuando me muera, ven sucesivamente á echar algunas flores sobre mi sepulcro, que de nuevo te convencerá de que no todo perece con nosotros.»

ESTADO DE LOS NIÑOS.

EL HUÉRFANO.

Un niño generalmente inspira piedad; mas si tiene la desgracia de ser huérfano, entónces es digno de profunda compasion. Para el huérfano son nullos todos los interesantes placeres de familia, porque él no tiene familia, á él le faltan todas las personas predilectas que tanto bien pudieran hacerle. Niño aún, tal vez desde los pechos de su madre se vió abandonado, solo en el mundo, sin mas amparo que la caridad del prójimo. Sin socorro, sin apoyo, sin proteccion, tal vez será despreciado, aun siendo inocente, y será víctima de las faltas que no ha cometido. Dichoso mil veces, si puede hallar cabida en alguno de los asilos que los gobiernos y las personas caritativas han abierto á la desgracia: de lo contrario, vivirá errante y vagabundo, y cuando le pregunten dónde están sus padres, guardará un triste silencio ó responderá con pena y rubor: «no los tengo.»

El huérfano es tambien parte de la familia, y no es raro ver alguna, por numerosa é indigente que sea, donde se hayan compadecido del huerfanito, imponiéndose con placer las privaciones necesarias en obsequio del hijo de su adopcion.

Hay una época del año en la que se va despojando la tierra de todas las galas que la cubrian; el sol pierde la actividad regeneradora de sus rayos; la vegetacion ya no se muestra en toda su lozanía, y las amarillas hojas de los árboles, cayendo una á una á impulsos del viento, revelan que la rigorosa estacion se aproxima. A la caida de la tarde de uno de estos opacos dias que tan tristes reflexiones inspiran, vagaba yo alejándome del recinto de la ciudad, cuando hirieron mi vista los fúnebres emblemas que decoran la entrada de la mansion de los muertos. Conociendo que una visita á tan lúgubre albergue estaba muy en armonía con mis ideas melancólicas, empujé blandamente la puerta y en breve me hallé solo entre los muertos. Por todas partes las paredes estaban guarnecidas de sepulcros: urnas funerarias, atributos de la muerte, lápidas mas ó ménos fastuosas, mas ó ménos recientes, se ofrecian á mi vista por todas partes. Crucé rápidamente el patio, sin detenerme á leer aquellas inscripciones funerarias, grabadas en los mármoles con mucho énfasis en el primer momento del dolor, pero entónces de nadie visitadas. Pronto me hallé dentro de otro cercado donde la naturaleza sola se habia encargado de embellecer el tan modesto como ignorado sepulcro del indigente. La tierra, cubierta de verde césped, en el que descollaban algunas flores, los arbolitos que se balanceaban con el viento y los erguidos cipreses siempre verdes, constituian el único ornato de aquella mansion solitaria.

De improviso advertí que no estaba solo en aquel asilo del dolor. Un niño de rodillas sobre una sepultura de césped, estaba rezando con sus manitas juntas, y tan embebido en la oracion con que invocaba el consuelo de los afligidos, que no me sintió llegar. Advertí entónces que habia clavada en la

sepultura una tosca cruz de madera, de cuyos brazos pendía una guirnalda de silvestres flores, algo marchita. El niño estaba vestido de una sencilla túnica blanca, que hacía contraste con sus negros cabellos, que rizados bajaban hasta su cuello. Parecía en aquella actitud reverente, y tan poseído por su dolor profundo, un ángel elevando sus ardientes súplicas al trono del Altísimo, ó velando sobre la tumba de algún sér virtuoso. Todo le daba un aspecto celestial, hasta su inocente fisonomía cuya belleza pude contemplar, cuando el niño se alzó del suelo, y volvió los ojos hácia donde yo estaba embebecido. Advertí entónces que se sonrojaba y que gruesas lágrimas corrían por sus mejillas.

—No te desconsueles, querido mio, le dije, y le ofrecí una moneda de plata que saqué de mi bolsillo.

—Señor, yo no pido limosna.

Entónces me tocó el avergonzarme de mi acción, maquinalmente sugerida por un buen deseo, pero indiscreta tal vez. Resuelto á repararla, entablé al instante conversacion.

—¿Cuántos años tienes?

—Ocho años.

—¿No tienes padre?

—No, señor.

—¿Y madre?

—¡Ah! la he perdido tambien, á poco de nacer. No la he conocido.

Al decir estas palabras, dirigió el niño una dolorosa mirada hácia la sepultura que cubria los restos de los autores de sus dias.

—¡Eres huerfanito! exclamé yo poseído del mayor interes en favor de aquel niño. No has conocido á tu madre, ni has escuchado sus risas y cantares alrededor de tu cuna. ¡Pobre niño! bien digno de lástima eres, pero yo la tendré de tí, yo. Ven conmigo, ven á mi casa donde me contarás tu historia, y ya que no puedas decir mamá, podrás llamarme tu protector y tu amigo. Si yo no puedo enjugar tus lágrimas y aliviar tus dolores como una madre, podré á lo ménos aconsejarte, defenderte, y prevenir los extravíos de tus pasiones.

Ademas, tu madre aun existe para tí y vela bajo esa sepultura, porque las madres ni aun en la otra vida se olvidan de sus hijos.

La primera vid.

(FABULA.)

Cuando Jove plantó la vid lozana,
Quiso ante todo que ostentara alegre
Su vestimenta en pámpanos galana;
Y su idea feliz llevando a cabo,
Con pura sangre la regó de un pavo,
Pomposo en cola, mas de cholla vana.

Viendo aquello un monillo, con mal tono
De Jove se rió; y el dios airado
Matóle al punto de la cepa al lado,
Y con la sangre la regó del mono.

Vió el leon en tal hecho tristemente
Una acción que de Númen tan elemento
Parecióle no digna, y reprendióla;
Y Jove entónces, de furor ya rojo,
Junto á la vid le acogotó en su enojo,
Y en régia sangre del leon rególa.

—«Bravísimo! señor! dijo el marrano:
Esa sí que es acción de soberano
Que sabe en todo obrar con buen acuerdo.»

—«Te burlas? exclamó Jove divino:
Pues muere ante esa vid! muere, cochino!»—
Y con la sangre la regó del cerdo.

Desde entónces acá, todo el que bebe
Ya sea Valdepeñas, ya Garnacha,
Ya cualquier otro vino, se emborracha,
Si apura el trago que apurar no debe.
Cuatro grados entónces ¡suerte fiera!
Tiene su borrachera:
En el primero, se enrojece un poco,
Ni mas ni ménos que del pavo el moco;
En el segundo, canta y habla á solas,
Haciendo, como el mono, cabriolas;

En el tercero, asusta á todo el mundo,
Como león rugiendo furibundo;
Y en el último..... pof! se tumba..... es llano
A dormir y roncar como un marrano.

La vuelta de las flores.

¡Qué triste es el invierno! Los fresnos, elevando su desnudo esqueleto como para hacernos pensar en las pompas y placeres del mundo, que se marchitan y caen uno por uno como las hojas tupidas que vestían su tronco, dejando al fin un descarnado esqueleto y nada más.

Pero es preciso confesar que todo en este mundo tiene su compensacion, así como todo tiene sus inconvenientes.

Se rompe la cortina de nubes que entoldaba el cielo, y nuestros ojos recorren deslumbrados la tranquila extension de nuestro cielo privilegiado; los rayos solares inundan los campos y hacen brotar los gérmenes que ellos encierran; las aves, revestidas de brillantes y nuevas plumas, entonan sus cantares olvidados poco ántes entre aquellas heladas y tristes brumas del invierno; las montañas elevadas sacuden las blancas tocas que vistieron en la pasada estacion, y la naturaleza toda se dispone á entrar en la dulce primavera. Hé ahí los árboles cubiertos casi simultáneamente de vigorosos retoños que van á formar de nuevo su elegante penacho de verdura: ¿no sentís qué ambiente de perfumes os rodea? es que los campos se han revestido de mil hermosas flores; las rosas nos envían su aroma suavísimo; su perfume embriagador el nardo de alba corola, y el clavel de rojos pétalos su esencia delicada. El jazmin, el heliotropo y el geranio hermanan sus matices formando millares de ramilletes y guirnalda con que hermocean la tierra.

Los arroyos se deslizan suavemente bordando sus orillas con las tímidas violetas y las blancas flores del fresal, que mas tarde serán rojos frutos, y los lirios brotan allí para enviar al cielo su perfume purísimo y divino.

¡La primavera! ¡la vuelta de las flores! Imágen es la primera de la juventud, y las segundas parecen sus ilusiones; imágenes imperfectas, porque durante el invierno parecen idas para siempre una y otras; pero cuando él pasa, vuelven; ¿y la juventud? cuando se va no vuelve; ¿y sus risueñas ilusiones? mueren una á una para siempre.

¡Cuánto se dilata el espíritu al mirar renacer la naturaleza! Cuando las flores vuelven, el corazón se reanima y late con nuevo vigor, como si fuese formado para sentir y palpar con lo hermoso; como si fuese tambien una flor llena de esencia que necesitara para vivir el aire tibio y perfumado de los primeros dias de primavera!

ANGELA LOZANO.

Febrero 24 de 1874.

EL MAESTRO DE LOS NIÑOS.

HISTORIA XV.

EL PAPA Y EL PASTOR.

“La verdadera felicidad consiste en la paz y tranquilidad del alma.”

Leon X, de la familia de los Médicis, ha sido uno de los Pontífices mas célebres por su sabiduría y mansedumbre. Era un verdadero padre y protector de las gentes honradas.

Un dia que este santo varon se paseaba á pié en el bosque de Montalto, reparó en un jóven pastor que estaba cuidando su rebaño. Al pié de un manso arroyuelo, y sentado muellemente sobre la fresca yerba, tocaba su zampofia y se cuidaba muy poco de los personajes que se iban acercando al sitio en que se hallaba. Todo en él revelaba la paz y la alegría. El Papa se detuvo á contemplarle, admirando aquella tranquilidad del alma, hija de la pobreza, y com-

parándola con los desvelos y afanes que le causaban á él sus riquezas y elevada dignidad.

Se acercó ganoso de entablar conversacion con aquel hombre á quien envidiaba todo un Jefe de la Iglesia.

El pastor, á las pocas palabras, reconoció al Papa, levantó y descubrió su cabeza, porque á los ministros del altar siempre debemos acatar.

—Sin duda eres muy feliz, amigo mio, en tu vida tranquila, dijo el Papa al pastor.

—¿Feliz yo, monseñor? nada de eso. Los felices son los altos señores, que tienen dinero para todo, los que son ricos, los que van en coche, á caballo, bien vestidos; los que comen bien y duermen en blanda pluma, los que tienen criados y á quienes todo el mundo acata y reverencia. Los pobres somos muy desgraciados.

—¿Y tú, respondió el Santo Padre, serias dichoso si tuvieras dinero?

—¡Oh! ya lo creo, entónces nada me faltaria.

—Pues bien, toma, dijo el Papa, y le entregó un bolsillo lleno de monedas de oro. ¡Quiera Dios que el dinero no te cause mas cuidados que placer! Sé feliz, pues ya eres rico. Y se alejó precipitadamente. En cuanto el pastor quedó solo abrió el bolsillo, quedó absorto al ver tanto dinero junto, y saltó de alegría al contemplarse dueño de tanto oro.

Ya no se acuerda de su rebaño, ni de su zampofia, ni de sus canciones. Solo se ocupa en contar y recontar las monedas que posee, guardarlas en su pecho y volverlas á sacar, abrir y cerrar el bolsillo y bendecir al poderoso señor que le ha hecho feliz haciéndole rico.

—¿Pero qué haré, decia para sí, con mi riqueza? ¿En qué emplearé este dinero, que me ha venido como caido del cielo? ¿Lo llevaré á mi casa? No, porque mi padre y mis hermanos lo verán, querrán que les dé una parte y eso ménos tendré yo. ¿Qué haré? Lo que ahora necesito es ocultar bien el dinero, hasta que piense despacio en qué lo he de emplear. Pero ¿dónde lo escondo que esté bien seguro? ¿en el hueco de un árbol viejo, en un hoyo en el suelo ó en alguna rendija entre las peñas? Despues de cavilar mucho tiempo se decide á esconder su tesoro entre un monton de piedras, casi imposibles de remover, por su magnitud y aglomeracion; y hé aquí que nuestro buen pastor, rico improvisado, ha experimentado ya el primer placer que proporciona el dinero: *la cavilacion*. Despues de mucho trabajo cubre bien el escondite en que ha ocultado su tesoro y toma el camino del pueblo, no alegre y cantando como siempre, sí pensativo y cabizbajo, atormentando su desacostumbrada mente la idea de que deja solo el dinero de que es legítimo dueño.

Aquella noche cenó poco y sin gana, porque un desasosiego cruel le preocupaba continuamente.

Tendióse sobre el poyo del hogar donde siempre dormía con tranquilo y descuidado sueño; pero esta vez, en vano procura dormirse. Sus ojos no pueden cerrarse, porque la idea de que una casualidad fatal descubriese el escondite de su oro, que podrian quitársele, y que al dia siguiente ya no le encontraria, viene á desvelarle de tal modo que en vano se esfuerza para coger el sueño.

Se arrepiente de haber dejado en el campo su oro, y se acusa de necio por no haberlo traído consigo. Se decide por fin, ya que no puede dormir, á salir silenciosamente á recogerlo para ver si de este modo logra descansar.

Así lo hace: toma el camino de su escondite; sus mismos pasos, la sombra que produce su cuerpo, las retamas silenciosas, todo cree que son ladrones dispuestos á robarle. Por fin, llega al monton de piedras, y ya se le figura que no están del mismo modo que él las había dejado.

Pero se engaña: su dinero aun está allí. Le coge con la mayor avidez, se lo mete en el pecho, y vuelve á su casa entre la oscuridad de la noche.

Entra silenciosamente, como ha salido, y vuelve á acostarse para ver si puede dormir; pero todo es inútil: el menor ruido del viento silbando en la chimenea, el chisporrotear de la lumbre, todo le sobresalta pensando que le metían la mano en el seno para robarle su riqueza.

Tan cierto es el refran: «*Quien tiene dinero tiene desvelo.*»

Los dias siguientes se pasan como la tarde anterior. Come poco, duerme ménos, siempre pensando en qué empleará aquel dinero que tantos cuidados le cuesta ya.

Pasan dias, y siempre lo mismo. No encuentra la felicidad que él habia imaginado unida á la riqueza, y solo experimenta el placer de contar y guardar su oro.

¿Qué haré de este dinero? se preguntaba continuamente. ¿Compraré un atajo? No; porque si viene la epidemia ó los lobos, me quedaré pobre otra vez. Mejor será emplearlo en una pacotilla; pero la mar ó los piratas pueden privarme de ella.

Compraré una viña; pero ¿y si no llueve ó hiela mucho? No sé, no sé qué hacer ni en qué gastar mi dinero. Cuando no tenia qué gastar no tenia en qué pensar.

Por último, se decide á dejar la apacible vida que hasta entónces le habia proporcionado su modesta ocupacion, y determina irse á la corte á probar fortuna.

En efecto, sin decir nada á su familia, abandona la casa paterna y se lanza en la capital, lleno de ilusiones, de afan y de ambicion.

Vosotros adivinareis ya, hijos míos, la suerte que le esperaba, porque el hijo que abandona á su padre, es maldito de Dios y despreciado de los hombres.

Jóven, rico y sin experiencia, se lanza en el torbellino de la corte, y apenas empieza á disfrutar el infuero placer de la disolucion, es llevado á una casa de juego, donde despues de haberle dejado ganar el primer dia, le despojan en los siguientes de todo su dinero, dejándole tan solo el convencimiento, de que *no hay peor compañía que los tahures*, á quienes yo llamo ladrones *señoritos*.

Viéndose nuestro desgraciado jóven sin un maravedí, y reducido á su primera miseria, conoció que habia perdido tambien la fuerza física del cuerpo y la quietud de su alma. Lloró, se desespera, y haciendo virtud lo que es necesidad, vuelve á su casa, pide perdon á su anciano padre, y vuelve á su antiguo oficio.

Esta determinacion contribuyó á su dicha, porque desvanecidas sus ideas de ambicion, recobró la tranquilidad que mientras fué rico no disfrutó un instante.

Aprended con esta historia, mis queridos hijos, dos cosas importantes: *que las verdaderas riquezas son la gracia divina, la paz del alma y la virtud del corazon*; que tuvo razon un hombre célebre cuando dijo: «*Agrádate de tu estado, y cádate afortunado.*»

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO IV.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS
EN DIFERENTES LUGARES FUERA DE NUESTRA
CASA.

ARTICULO V.

Del modo de conducirnos en los espectáculos.

I

Cuando hayamos de concurrir á una diversion pública, presentémonos en el local un poco ántes de la hora señalada para principiarse, á fin de no exponernos á tener que entrar en momentos en que perturbemos á los demas. Esta regla debe ser mas estrictamente observada por las señoras, por cuanto no siendo en ellas decoroso que esperen, como los hombres, el inmediato entreacto ó intervalo para penetrar hasta sus asientos, su llegada despues de principiada la funcion, habria de molestar siempre á los circunstantes.

II

Cuando un caballero conduce señoras á un espectáculo, debe cuidar de colocarlas en los mejores asientos, por el orden de sus edades y demas circuns-

tancias personales, situándose él despues en un lugar de ménos comodidad y preferencia.

III

El caballero que no va acompañando señoras y llega al local despues de principiada la funcion, jamas intentará penetrar hasta su asiento, si de este modo ha de llamar la atencion de los demas, y sobre todo si ha de molestarlos, sino que aguardará para hacerlo al inmediato intervalo.

IV

Cuando al llegar un caballero encontrare que su asiento ha sido ocupado por una señora, deberá suponerse que tal cosa no ha podido suceder sino por una equivocacion, y renunciará enteramente y en silencio su derecho.

V

Antes de tomar asiento, cerciorémonos de que no lo hacemos en un puesto ajeno, pues nada debe ser mas desagradable para un hombre delicado, que una reclamacion justa de esta especie. Y ántes de dirigirnos á una persona á reclamarle el asiento que ocupa, asegurémonos de que realmente nos pertenece, pues seria todavía mas desagradable el que se nos convenciese de que procediamos equivocada y precipitadamente.

VI

Es un acto incivil, y en que se manifiesta poco respeto á la concurrencia, el sentarse en un palco dando la espalda á la escena. Despreciándose de este modo á los actores, se hace naturalmente una ofensa á aquellos que los han considerado dignos de su atencion.

VII

No permanezcamos jamas con el sombrero puesto en medio de la concurrencia, especialmente si en ella se encuentran señoras. Cuando no haya mas que hombres, apenas será tolerable el cubrirse durante los intervalos. Y respecto de las señoras, no es delicado que abusen de los fueros y privilegios de que tan justamente gozan en todas partes, presentándose con las cabezas cubiertas, de manera que hayan de estorbar la vista á las personas que queden por detras.

VIII

En las funciones en que los asientos sean comunes, los caballeros deben ceder siempre los mejores puestos á las señoras, y los inferiores á los superiores.

(Continuará.)

El león, el tigre y los conejos.

(FABULA.)

Tremendo en la llanura y en la sierra
Cierta tigre feroz y sanguinario
Con un bravo leon estaba en guerra,
El cual, con ser espanto de la tierra,
Temia un sí es no es á su adversario.

Ambos, sus odios fomentando añejos,
Acaudillaban brutos á millares;
Visto lo cual por ocho ó diez conejos,
Quisieron al leon servir de auejos,
Ofreciéndole ser sus auxiliares.

Al oír el monarca tal propuesta,
Burla creyóla; y desdeñoso, adusto,
Lanzóles tal rugido por respuesta,
Que hizo temblar el monte y la floresta,
Y por poco á los diez mata del susto.

Ellos su agravio en la memoria apuntan,
Y al sitio van donde con mil furoros
Del tigre los ejércitos se juntan;
Y acercándose aqueste, le preguntan
Si los quiere admitir por zapadores.

El tigre, que conoce el beneficio
Que le pueden prestar en guerra tanta
Los que horadan la tierra por oficio,
Los admite al momento á su servicio,
Y el sueldo y la racion les adelanta.

Los conejos entónces allá abajo
Comienzan á escavar oculta mina;
Y al cabo de diez dias de trabajo,
Un camino concluyen á destajo,
Que en la caverna del leon termina.

Este, al abrigo de su foso y muro,
Yace tranquilo; pero el tigre avanza
Por el camino subterráneo, oscuro,
Y al leon, cuando duerme mas seguro,
Sin prévio aviso con furor se lanza.

Vanamente el leon su garra extiende
Despertando con susto y desconcierto,
Y en vano cara su existencia vende:
Valiente lucha y como tal ofende;
Mas desangrado al fin, se postra yerto.

—«Ves, le dice un conejo en son maligno,
Cómo no te era nuestro auxilio fútil?
Acogernos debiste mas benigno;
Que no hay contrario de desprecio digno,
Ni auxiliar en rigor que sea inútil.»

AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

Debe comenzarse la educacion desde que comienza el niño á tener razon, por la madre, para que pueda el niño ir recibiendo las instrucciones útiles.—CRISIPO.

La educacion debe avanzar, desarrollando el instinto de la imitacion que el hombre siente naturalmente; y debe dirigirse á conducir al hombre por ese medio, al camino de la virtud y la felicidad.—ARISTÓTELES.

La felicidad de la raza humana, es la educacion. Tiene el hombre, como tiene triple habitacion, que es el seno materno, la tierra y la eternidad, una triple vida: la vegetal, la animal y la espiritual.

Todos los hombres necesitan educacion; por ella se reproduce en él la imagen de Dios.

Cada hombre es un mundo en pequeño, microscópico.

La instruccion dará mas fácilmente buen éxito, mientras mas natural sea el método que se siga.

Debe comenzar la educacion desde la edad mas temprana, é ir creciendo á medida que se desarrolla la capacidad intelectual. Debe comenzar, no como se acostumbra, de palabra, sino por obras.

Debe juntarse al cariño de los padres y profesores, que los cuartos de estudio sean alegres, que tengan los niños espacio donde jugar, y que el método de instruccion sea bueno y natural, para que todo eso haga agradable el estudio.—COMENIO.

Era una cosa muy útil y buena la costumbre que solian tener los antiguos: obligar á toda clase de personas á que tuviesen y practicasen alguna ocupacion ó trabajo útil y honroso, para evitar la embriaguez, la glotonería, el juego y otros vicios.—LUTERO.

La niñez y la juventud son los períodos de la alegría, de los ejercicios útiles al cuerpo, del placer y del goce.

No destruyais, cariñosos padres, esa felicidad, ocupando á los jóvenes demasiado temprano en los negocios y deberes de edad mas avanzada, á que nunca llegarán.—BASEDOW.

DICHOS Y HECHOS DE NIÑOS.

Un niño muy instruido y muy modesto se hallaba al lado de su padre en compañía de otras personas que disputaban sobre diversas materias. Como el niño habia guardado un profundo silencio, su padre le dijo despues:

—¿Por qué no has tomado parte en la conversacion, para lucir lo que has aprendido?

—Porque tenia miedo, contestó el niño, de que hablando sobre lo que he estudiado, me llegasen á preguntar sobre lo que no sabia.